

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## EL DESORDEN INTERNACIONAL

# LOS GRUPOS REALES

EN mi artículo «¿Quién manda en el mundo?» he establecido varias listas, fundadas sólo en el factor demográfico, para mostrar a qué responden las mayorías de votos en las Naciones Unidas: a extremadas minorías. La fragmentación, la atomización, tiene un premio: el poder. De ahí el «cortejo» de los pequeños a que tienen que entregarse los grandes países para tener mayoría en las votaciones, haciendo intervenir a países pequeños o minúsculos, con frecuencia en asuntos que no los afectan y respecto a los que no tienen la menor competencia. Esto es una corrupción profunda del sistema de mayorías y minorías, de efectos devastadores para la comunidad mundial.

Pero la consideración anterior tenía un defecto. Al apoyarse en factores cuantitativos y casi exclusivamente demográficos, resultaba «abstracta». Quiero decir que quedaba referida primariamente a las «posibilidades»: 68 países elegidos convenientemente «podrían» ser la mayoría, con 190 millones de habitantes; 90 países «podrían» alcanzar los dos tercios, sólo con 550 millones, es decir, un 6% o un 17% del total. Se dirá: ciertamente podrían, pero ¿es verosímil que ocurra así? ¿Se van a agrupar de esa manera precisa? El peligro que estos datos señalan, aún siendo evidente, ¿no es casi puramente teórico? Pasemos a la consideración concreta.

Consideremos tres grupos de países miembros de las Naciones Unidas: Los africanos, los árabes y los gobernados por partidos comunistas. Estos tres grupos interfieren en cierta medida, pero el resultado final es 68 países diferentes, con una población inferior a 900 millones. Una vez más tenemos una «mayoría» —ésta nada abstracta, sino sumamente coordinada— equivalente a la «cuarta parte» de la población total.

Si se agregan otros países mahometanos aunque no árabes y algunos que suelen seguir la misma línea, la mayoría queda firmemente establecida, incluso con un margen muy amplio si se incluyen pequeños países de los que suelen llamarse «no alineados», sin que se sepa muy bien por qué. Con esto hay que contar si se piensa en el funciona-

miento real de la Organización. Y lo mismo con otro hecho importante: que los países verdaderamente «no alineados» son los que componen históricamente el Occidente. En unos casos, por compromisos con sus antiguas colonias y deseo de conservar en ellas un trato de favor; en otros, por buscar la benevolencia de los países árabes —ya antes de la crisis del petróleo, mucho más ahora—; en algunos, por marcar una «independencia» nacionalista respecto de decisiones globales; finalmente, por las veleidades de «Tercer Mundo» que acometen a algunos países de Hispanoamérica, el resultado final es que los países occidentales no votan juntos, rara vez están de acuerdo —ni siquiera cuando sus intereses convergen— y en modo alguno componen un «bloque».

Es decir, que el núcleo de países que —aparte de China y la India— constituyen la mayoría de la población mundial, que representan —sin excepciones— el máximo volumen económico e industrial, que han alcanzado una participación general en la cultura, que, finalmente, han sido los creadores de la que hoy es vigente en el mundo, representan en las Naciones Unidas —salvo el privilegio negativo y estéril del veto— una magnitud de la que se puede prescindir. Hagamos una vez más una lista: Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Holanda, Suecia, Noruega, Dinamarca, Alemania Occidental, Austria, España, Portugal, Italia, Irlanda, Finlandia, Estados Unidos, Canadá, México, Venezuela, Colombia, Perú, Chile, Argentina, Brasil y Australia.

Son 24 países, con una población de casi 900 millones, aproximadamente igual al grupo de los 68 (la mitad más 1) antes enumerados.

La fabulosa injusticia demográfica viene multiplicada por la economía, cultura y no digamos política —en el sentido de la participación real en las decisiones de los habitantes de unos u otros países. De esta última lista, que, a primera vista, parece «el mundo», al menos el mundo notorio y conocido, «se puede prescindir», y ese mismo grupo, por su desunión; renuncia a la fuerza que, incluso en precarias condiciones, podría tener en las Naciones Unidas.

Esta es la situación real. ¿Cuál es el resultado? Los países que resultan «favorecidos» por el mecanismo del voto singular

y único de cada país y por las conexiones entre ellos están muy contentos. Aseguran el manejo de la Organización, su conversión en un órgano de publicidad, en escenario de sus campañas políticas. Los otros países tratan de unirse a las mayorías o se aíslan en un desdenoso sentimiento de desencanto. Pero hay que preguntarse si esta situación tiene porvenir.

Los gastos de las Naciones Unidas —que son muchos— son pagados principalmente por unos cuantos países (los Estados Unidos pagan la tercera parte); esos mismos países, en su mayoría de la pequeña lista anterior —son los que hacen funcionar sus Agencias efectivas y eficaces: FAO, Unicef, UNESCO (en la medida en que pueden aplicarse esos adjetivos), Oficina Internacional del Trabajo, Fondo Monetario Internacional, Organización Mundial de la Salud, etc.

No es probable que sigan interesándose en proporcionar a los demás un teatro dirigido en contra suya, que no refleje la realidad del mundo, sino más bien lo inverso de la realidad, la suplantación de las mayorías por las minorías, el revés del espíritu democrático.

¿Es de temer la disolución de las Naciones Unidas? Creo que no. Por razones de prestigio, por inercia, por apego a un resto de entendimiento internacional, lo probable es que las Naciones Unidas sobrevivan. Pero no es probable que «vivan», sino más bien que languidezcan, que los principales países se desinteresen de ellas, se vayan desentendiendo de sus representaciones. Sus decisiones, entonces, se tomarán sin dificultad ni tropiezo, pero serán inoperantes.

Personalmente esto me parece gravísimo. No quiero imaginar lo que puede ser el mundo en este último cuarto de siglo XX sin una organización internacional. Pero hay que afirmar claramente que hoy no la tiene, sino un efectivo «desorden», que comete el pecado imperdonable: burlarse de la realidad. El mundo necesita imperiosamente algo que todavía nunca ha tenido, de lo cual está más lejos que otras veces: un Poder supranacional. ¿Tendrá la veracidad, la imaginación y la energía necesarias para establecerlo?

Julián MARIAS

## «CRISIS DE LA ENERGÍA»

# DESPUES DE LA PESADILLA

ALGUN día, quizás, alguien nos hará el obsequio de explicar a qué o a quién se debió el susto que las muchedumbres políticamente occidentales y cristianas hemos sufrido en estos últimos meses, a propósito de la llamada «crisis de la energía». Porque fue un buen susto. De pronto, los anuncios más siniestros comenzaron a difundirse desde la prensa y las cancillerías, desde las cátedras y las couchueles, desde las bolsas y los altavoces. Las perspectivas eran notoriamente angustiosas. Se nos auguraba la vuelta a ir a pie y a subir escaleras echando el bofe. Las amenazas de un invierno sin calefacción, de las tiendas sin letreros luminosos, de las vacaciones sin salida al mar, de los electrodomésticos más cariñosos obligados a no funcionar, se multiplicaron. Nos veíamos ya sin envases de plástico que garantizasen la higiene de los supermercados. El fantasma de las «restricciones» apuntaba en el horizonte. Y el fantasma del paro... La maniobra se desencadenó en términos levemente histéricos cuando los emires del Golfo Pérsico dijeron que iban a cerrar los grifos del petróleo. Nos veíamos al borde de una hecatombe —una hecatombe muy posible, por lo demás— provocada por la precariedad del tinglado en que vivimos o sobre el que vivimos. Que precario es. En determinados países, hubo vetos para el automovilismo de «week-end», y hasta en algún sitio trataron de racionar los carburantes más inmediatos. En Italia incluso llegaron a avanzar la hora de cierre de los locales dedicados a la jovialidad nocturna... Un susto, sí.

En realidad, el embrollo se desarrolló en medio de una considerable confusión informativa. Los periódicos y sus agencias no aclaraban, precisamente, la lógica e ingenua ansiedad de sus clientes. No parece que, durante las semanas del miedo, el abastecimiento de petróleo disminuyese en medida alarmante, por lo que se refiere a muchos puertos y factorías de recepción habitual. Los datos eran contradictorios: demasiado contradictorios para que el observador menos suspicaz no entrase en sospechas. Puede que sí: que la actitud de los árabes con pozos haya servido de mucho para que los dirigentes israelíes hagan concesiones, y la paz, o la tregua, en los desiertos disputados, se presente factible. Si el precio a pagar era el «susto» aludido, no hay motivo de queja: las consecuencias fueron bastante mólicas en molestia, y alabado sea Dios. Pero la cosa sigue tan turbia como al principio. No todo podía echarse sobre las espaldas de los jeques y los morabitos. Otros intereses estaban metidos en el juego, y nada coránicos, por cierto. ¿Se trataba de promover una subida de precios en los hidrocarburos imprescindibles, a beneficio de las sociedades anónimas —occidentales y más o menos cristianas, mosalcas en parte— que mane-

jan su destilado y su comercio? Las famosas «Siete Hermanas», ¿no tendrán algo o mucho que ver con la maquinación? ¿Qué pensar de la permanente rivalidad económica entre los potentados de uno y otro lado del Atlántico? Existe, y publicada en libro, la teoría de que la petroquímica norteamericana está reconviertiendo sus instalaciones para suplantarse monopolísticamente al petróleo...

Sea como fuere, la impresión que uno saca, desde su domicilio, es que el «drama» se desinfla. Y no sólo porque se hayan aceptado las nuevas tarifas de los feudales del «oro negro». Bien mirado, estos señores tampoco podían apretar más la tuerca, sin riesgo de quedar cogidos en su propia trampa. Al fin y al cabo, su «dinero» —el que han obtenido y lleguen a obtener de la venta del petróleo— no deja de ser una ficción administrativa internacional, y más en concreto, de los países capitalistas. Un destastre de fondo en estas zonas, diluiría y reduciría a pura nada los juales ahorros del Islam rico. Por otra parte, el endurecimiento de las reacciones que la superindustrialización formalizaría ante el reto árabe repercutiría amargamente sobre el Tercer Mundo. Por desgracia para el Tercer Mundo recién o aparentemente descolonizado, la revancha todavía le está negada. No basta tener la «propiedad» de las materias primas, por decisivas que sean. Su dependencia de la manufactura occidental —capitalista o socialista, capitalista en particular— sigue siendo absoluta: planos, recetas, máquinas, grageas, aulas, bisturios, impresos, conceptos. No ha de extrañarnos si, cualquier día, el «chantaje» hace marcha atrás. Ya empieza a correr el rumor de que, entre los amos del hidrocarburo nutricio, se abre la sonrisa de bajar los precios. Tal vez sólo sea un episodio del gran «show» previsto. Y, se produzca o no esa baja, la estructura del problema continúa en su sitio. ¿Qué pasa verdaderamente con eso de la «energía»? A largo y a corto plazo, ¿qué pasa? ¿Qué puede pasar?

De momento, el susto. Una operación de hipnosis colectiva tan vasta como la que acaba de cumplirse, naturalmente, es un arma de dos filos. Habrá aprovechado para acongojar o acogotar al «consumidor» —hablamos de la «sociedad de consumo»—, y cobrarle más centavos o céntimos al llenar el depósito del coche o, más ambiguamente, al comprar cualquier trasto o abonar cualquier factura. Sólo que también puede dar de sí otra eventualidad: el descubrir a los ciudadanos el nivel aproximado de sus necesidades y de sus aspiraciones. Hemos sacado esta experiencia, o estamos en condiciones de sacarla: que la brillante incidencia del «miedo» puede ser útil. Dicho de otro modo: que lo que, a estas alturas cuenta, es el hecho de que el vecindario más subalterno consiga descubrir los riesgos que le acosan. Por ahí se abre un futuro

excitante. Hemos aprendido, a cuenta de un abuso de confianza publicitaria, que el truco es ignominioso. No habían logrado tanto, en sus tiernas argumentaciones, año tras año, los jóvenes «provisionales» del marxismo (occidental y cristiano, siempre) ni los veteranos de la acracia. La literatura «underground», básicamente, obsesionada por el doctrinarismo, ignoraba el asunto del petróleo. Una guerrilla esporádica o de un «cóctel Molotov» en la rejina de una sucursal bancaria, venían a ser cortinas de humo ante la realidad. Esa realidad «concreta» cuyo «análisis concreto» tendría que ser premisa «científica». La abracadabrante peripetia del petróleo es un asunto que, repito, espera ser dilucidado. Lo único conclusivo es el «susto». Queda en el aire la artimaña que lo suscitó. Ya la averiguará quien pueda.

La población de más de medio Mercado Común tuvo que privarse del «final de semana» en carretera, durante un par de meses. Una cantidad notable de personas, de rechazo, se salvaron de morir en el trayecto, o de remediar el dolor de unas heridas en tal o cual hospital. Pero el veto era injustificado. No faltaba gasolina para estas pequeñas delicias mesocráticas. Ni mucho menos. ¿Se pretendía dar una lección de «civismo»? Por lo que se vio, fue una «lección» aceptada. Pero ¿quién, y para qué, y a través de qué trámites, y con qué complicaciones?... Dentro de unos días, todo volverá a ser como era. No del todo, porque la «subida» afectará al bolsillo de la proliferante «casta» de los «cuellos blancos». Pero las calzadas libres o de portazgo se verán animadas por el trasiego de vehículos habitual. La gente tiene una capacidad de adaptación —valga el término, y en su alcance relativo— excepcional. Le proporcionan un «Seiscientos» a plazos, y lo compra y hace excursiones, visitas y tonterías; le restringen la linfa mágica, o la hacen pagar más cara, y se somete dócilmente a la contabilidad. La gente suele chuparse el dedo. Y cuando digo «gente» me refiero a mí mismo y a mis lectores, cada cual por su esquina. Nos chupamos el dedo, y los sociólogos con sus test y sus encuestas y sus estadísticas, dirán lo que gusten decir. La verdad de cada día será otra, claro está. Será pura perplejidad... Las andanadas ideológicamente capciosas no consiguen convencer. Y el énfasis reticente, tampoco. Los «hechos» decidirán. Los «hechos», desde luego, dependen de quienes tienen el petróleo en su emirato, y sus acciones articuladas en navios, refinerías y estaciones de servicio. El interlocutor de esta fabulosa tomadura de pelo no es el «consumidor».

Pretendo, en esta digresión, subrayar que quien paga los platos rotos siempre es el ciudadano de segunda fila. También el de tercera o de cuarta, pero éste no llega a apreciarlo, tan sumiso o sometido como está a sus cuotas me-

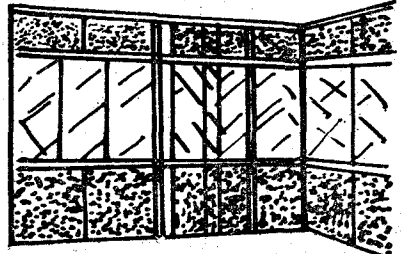
nores. Las «clases medias» —en las cuales hay que situar a la cómica designación de «cuadros» (galicismo o anglicismo de moda)— han de enfrentarse con la exasperación. Tradicionalmente, desde el año 23, a esa actitud se le llama «fascismo». El «fascismo» está en contra de la plutocracia y en contra del proletariado: en contra de los de encima, que van a la suya, y en contra de los de abajo, que también tienen sus esperanzas. La Revolución Francesa, o lo que simbólicamente ligamos a esta etiqueta, puso en órbita, históricamente, una clase que, siguiendo a Marx, denominamos «burguesía». Eran grupos de mercaderes, localmente delimitados, que, después, se lanzaron a la explotación de «colonias». En definitiva, el saldo es claro: la «libre competencia» ha liquidado al elemento menor y financieramente poliometílico. Los hidrocarburos no tienen ninguna relación con Marat, Robespierre, con Saint-Just. Ni con Napoleón, que —no lo olvidemos— es el autor de todos los Códigos Civiles, Penales y Mercantiles —no sé si también los Procesales— que nos conciernen. Bonaparte, el Carlomagno más cercano, es una ridícula referencia, si se la compara con los jeques del petróleo: mahometanos o presbiterianos, o simplemente venezolanos.

Todo este comentario podrá parecer ambiguo o confuso. Me pregunto si podría no serlo. Lo tendría que ser, como lo es, al nivel callejero, de víctima. Lo es, además, a los sublimes niveles de la especulación, del lucro armamentariamente estipulado, de la «empresa» ágil. La «energía» es una noción que nadie ha sometido a criba —popularmente—, al menos—, y resulta poco confortable pedir que los economistas la precisen. No son los economistas quienes tienen la última palabra, sino los geólogos o los zahories. Llegando a este extremo, los rizos de la economía, y de la política económica, se autoanulan, y ceden la palabra a los que perforan suelos y subsuelos. Los economistas no saben qué decir. Y lo que dicen o digan, será una tremenda flatulencia: de chascarrillo. La política estricta —de compañías, de ministerios, de ministerios acusados por compañías— nos remitiría a otro encuadre de discusión... Si lo que se pretendía es subir el petróleo —el precio del petróleo—, ahí estamos. Las reyertas de moros y judíos han sido la excusa. En la medida que Mr. Kissinger lo arregle, si lo arregla, los negocios fluirán espléndidamente. Esta perspectiva ayuda a creer que Kissinger saldrá victorioso... Y si no, paciencia. Pero ya sabemos por un costado y otro que, en la «crisis de la energía», lo de menos es la «energía» en sí —poca o mucha—, sino los cálculos de su aplicación y de su posesión...

Joan FUSTER

 **Swallow**  
FUERA-BORDA  
EL UTILITARIO EUROPEO  
3-5-7 H.P. P.V.P. desde 13.900 ptas.  
IMPORTADOR ACCESORIOS ROMA  
CORCEGA, 402 - TEL. 257 40 21 - BARCELONA - 9  
VISITE NUESTRO STAND n.º 628, Palacio n.º 1, SALON NAUTICO

¿NO VE VD. BIEN?  
COMPRE SUS GAFAS EN  
  
OPTICA  
**CLARAMUNT**  
PIND. 6  
GAFA PERFECTA Y ECONOMICA

 CUBRA SU TERRAZA  
O GALERIA Y GANE  
ESPACIO CON  
**ALUPER SOL**  
C./Marti, 140 · T. 213 04 20  
FACILIDADES DE PAGO